



I

EL PERRO Y EL CABRÓN

Un perro ovejero viendo que, por haberse aumentado mucho la majada, ya no la podía cuidar como era debido, resolvió pedir al pastor que le nombrase un ayudante.

Pero, antes, le participó al cabrón su intención de designarlo á él como candidato. Agradecido éste, le aseguró que haría lo posible para mostrarse digno de tanta confianza y corresponder á la protección que se le dignaba conceder.

Y lleno de alegría, se fué á contarlo todo á las cabras, que lo contaron á las ovejas y éstas á los carneros.

Todos vinieron á visitar á su futuro jefe, á ofrecérsele y á recomendársele.

El cabrón es de poca cabeza; empezó á creerse un personaje; escuchaba las menores confidencias del me-

nor borrego como si fueran secretos de estado, tomando aires de profunda atención, sacudiendo la cabeza y moviendo los párpados, llegando á darse, con sus astas torcidas y su lengua barba blanca, toda la apariencia de un sabio ruyendo.

Pronto, algunos animales de la majada le insinuaron que, una vez nombrado él por el pastor, le sería fácil, con un poco de diplomacia, suplantarlo al perro: y que si había que acudir á la fuerza, ahí estaban ellos.

Y el cabrón no dejó de oírlos con cierto placer.

Pero lo supo el perro, y, sencillamente, desistió de pedir ayudante al amo.

Como pasaba el tiempo sin que viniera el nombramiento, empezaron los futuros protegidos á preguntarle al cabrón para cuándo sería.

—Ah! ¿ese puesto, dijo, sí, que me querían dar? ¡Hombre! todo bien pensado, no quise.»

II

EL VISCACHÓN PREVISOR

A los viejos, les gusta amontonar. Será que no pudiendo ya producir, tienen miedo de quedarse de repente desamparados, y al fin, hacen muy bien.

Un viscachón viejo, viudo, sin hijos, sin familia conocida, amontonaba en su cueva todo lo que podía encontrar. Unos jóvenes sin experiencia creían que lo hacía por avaricia y se burlaban de él, haciéndole ver que cuando se muriese, lo que no podía tardar, por su edad avanzada, todo iba á caer en manos de indiferentes, de parientes lejanos, ó de quién sabe quien, y que haría mucho mejor en gastarlo todo desde ya.

—¿De qué le sirve, decían, cuidarse del día de mañana, cuando probablemente no lo alcanzará usted á ver?

—Es que más me gusta, muchachos, contestó el viejo, correr el riesgo de enriquecer por mi muerte aún á mi peor enemigo, que el de quedar, en vida, á cargo de mi mejor amigo.»

GODOFREDO DAIREAUX

